

JAIME ALFONSO SANDOVAL

TIEMPOS CANALLAS



GRANTRAVESÍA

JAIME ALFONSO SANDOVAL

TIEMPOS CANALLAS



GRANTRAVESÍA

JAIME ALFONSO SANDOVAL

TIEMPOS CANALLAS



GRANTRAVESÍA

Carta uno

Estimada A:

Permítame contarle una historia de fantasmas. Sé que usted no me conoce y esto debe representar una absoluta intromisión en su vida. Pero resulta mejor escribir que acercarme a usted mañana en un pasillo de la universidad donde estudia para contarle una historia de fantasmas, donde usted está involucrada (aunque esto, aún no lo sabe), seguro me daría alguna excusa muy cortés (me consta que a pesar de su juventud, 19 años, usted es una persona amable) e inmediatamente se daría la media vuelta para escapar con paso veloz. Nuestro encuentro se convertiría, si bien nos va, en una incómoda anécdota sobre un nervioso hombre desconocido que la interceptó en la universidad para contarle una bizarra historia de fantasmas. Ahí acabaría el asunto: usted con un disgusto y cierta alarma, y yo con un vergonzoso sentimiento de derrota.

Por eso mismo he decidido enviar esta misiva a su domicilio por correo tradicional, sí, ese viejo sistema donde un empleado con uniforme lleva y trae letras. Sé que casi nadie ya usa este método, pero lo haré porque quiero

recuperar algo maravilloso: el poder de la espera. ¿Que a qué me refiero? Antes, al esperar una misiva durante varias semanas las palabras adquirirían una especie de hondura, se fermentaban hasta formar un poso, no sé si me entienda; cuando se recibía una carta había que leerla muchas veces hasta encontrar todos sus significados. Ahora esto resulta imposible con el *replay* o *send* que están disponibles como el gatillo de una escopeta. Y es justo lo que pretendo evitar, no deseo que conteste de inmediato, es más, pido que no me conteste de algún modo, por eso esta carta sólo lleva como remitente un apartado postal que a su vez conecta a una lista de correos con un seudónimo; así que, créame, estimada A; no pierda tiempo haciendo el rastreo de dónde viene esta carta, sólo quiero que reflexione sobre estas líneas, porque la historia que voy a compartirle es de tal manera perturbadora que necesito contarle paso a paso para que pueda concebirla en su sencilla complejidad.

Esto me lleva a hablar del segundo motivo de por qué quiero contarle la historia en episodios epistolares y tiene que ver con la verosimilitud. Usted estudia biología así que doy por descontado que es una joven de espíritu científico y ya no cree en supersticiones. Los jóvenes ahora se burlan de las historias sobrenaturales de sus abuelos, pero créame que todas las creencias, bien dosificadas, se implantan en el seso como una semilla que, si se riega en repetidas ocasiones, desarrolla raíz y en un tiempo florece. Algo increíble que tiene el ser humano: la necesidad de creer. No estoy diciendo que quiero meterme en su cerebro para manipularlo. Lo que sucede es que mi historia debe ser contada en dosis, porque sus piezas, a la vez extrañas y fantásticas, necesitan cierto tiempo para embonar.

Seguramente se está preguntando: y a todo esto ¿quién soy yo? ¿Por qué la elegí para ser la destinataria de mis

letras y de esta historia que presume tener dosis de misterio y espectros por igual? ¿Tengo alguna intención oculta con usted? ¿Soy un vulgar acosador? Tal vez debería denunciarme ante la policía. Permítame tranquilizarla, por favor.

Le propongo un pacto unilateral, lo es, porque esto no es una correspondencia al uso; estamos ante un monólogo en el que he elegido a usted como única lectora, pero le puedo dar las siguientes garantías:

Sé que no espera mi permiso, pero puede mostrar estas cartas (van a ser varias, me temo, y cada vez más largas) a quien desee: policía, amigos, familiares. Aunque recomiendo, al principio, que tenga el deleite de ser la única depositaria de esta historia.

Nunca nos vamos a conocer personalmente. Aunque sé muchas cosas de usted, estimada A; juro que jamás me acercaré, ni propondré nada indebido. Le prometo que no tendrá el disgusto de verme aparecer en su vida real. Tiene mi palabra.

Y tercera y última garantía: dejaré de enviar estas cartas cuando usted lo solicite. Sólo envíe un sobre vacío al apartado postal con la palabra "No" escrita al reverso y será suficiente, no volveré a molestarla y me guardaré estas cartas para mí mismo.

Espero que esto haya sido suficiente. Ahora tendré que atraer su atención de algún modo, porque es posible que para este momento la esté perdiendo con tantos preparativos. Lo crea o no, nuestras existencias están enlazadas además del nexo que tenemos entre México y España. Mi nombre es Diego, por ahora es lo único que basta. Para comenzar mi relato permítame llevarla al pasado, casi tres décadas antes de que usted naciera.

Acompáñeme a Madrid, a inicios de verano de 1987. Como debe suponer la ciudad hervía en canícula, al igual que la cabeza de Lucía, mi madre. ¿Por dónde comienzo con ella? Veamos, era editora de una revista independiente de cultura y música llamada *Chaka Pop* (horroroso nombre, pero todo lo que tuviera “pop” automáticamente se volvía *guay de Paraguay*). Por su trabajo mi madre tenía un maravilloso pretexto para meterse a hoyos kinkis y punkis de Malasaña donde le medía el pulso a la movida. Yo no, en ese entonces yo era un insípido quinceañero que tomaba una horchata tras otra en compañía de los *electroduendes* de *La bola de cristal* con Alaska, el “huracán mejicano”. Solía dar largos paseos por la Gran Vía con los audífonos enchufados a mis walkman que consumían baterías a todo galope. En mi cabeza retumbaban casetes con “Notorious” de Duran Duran, “Suburbia” de Pet Shop Boys, “No puedo evitar pensar en ti” de Duncan Dhu. Santi, mi mejor amigo, me regaló el acetato de *Never Let Me Down* de David Bowie. Acababa de terminar el EGB y arrancaban las vacaciones bajo las noticias de la guerra en Sudán, ataques de ETA y todavía se hablaba de las nubes radiactivas del desastre nuclear de Chernóbil del año pasado. Aunque en realidad yo pensaba en otras cosas más frívolas, me temo, como el cine, porque en ese entonces ya soñaba con volverme guionista de Hollywood. No se ría, se lo juro, mis modelos a seguir eran *Aliens*, *el regreso* y *Star Trek IV* que había ido a ver tres veces al Coliseum y escribí un pastiche de ambas películas, en fin, un horror. Me estaba dejando una coleta al estilo Miguel Bosé y buscaba el *Bionic Commando* en locales, era un videojuego tipo tragamonedas que me hacía perder horas (y bastantes duros).

Estimada A, disculpe toda esta verborrea de nostalgia ochentera y casposa, sé que a usted no le dice nada, así

que me detendré, pero sólo de momento, porque temo que volverá a salir por ahí otro ataque de antigualla, porque lo que tengo que contarle tiene como base el verano que menciono. Si no le molesta y no tiene inconveniente pasaré ahora a narrar mi situación personal de aquel momento.

Mis padres se habían divorciado cinco años atrás y vivía con Lucía, mi madre. Habíamos conseguido un enorme piso en Chamberí. Los alquileres de ese tiempo eran razonables, nada que ver con ahora. Además Lucía, como editora de un pasquín musical, era amiga de varias bandas de rock; no de las importantes, me temo, sino de las tenían nombres como: *Bacinika*, *Espectros de Úbeda*, *Maruja plus*, y otras aberraciones que en ese momento sonaban maravillosas. Lucía se codeaba con artistas alternativos, actores de teatro experimental, gente de ese pelaje, y en éstas, conoció al Paqui, que nunca supe a qué se dedicaba; decía trabajar “en el mundo de la música” así en general, y mi madre se zambulló directamente en sus ojos de pupila dilatada para no salir ni para tomar un respiro. Lucía comenzó a faltar a la casa, hacía viajes frecuentes a Bilbao (o eso decía), con el tiempo parecía un poco enferma, muy delgada, yo lo atribuía al exceso de trabajo. Entonces un día, escuché en las escaleras a unas vecinas murmurar mientras nos señalaban a Lucía y a mí: “Ahí va, la drogadicta del tercero izquierda, enganchada al caballo que no veas. Yo ya pedí que la echen, pero en casos así, uno piensa, pobre del crío”.

Tuve ganas de enfrentarme a esas arpías en ropa deportiva de tactel, pero algo peor me detuvo, la certeza de que fuera cierto. Ciertamente, Lucía, no era una santa de estampa, sabía que era aficionada a la cerveza, que fumaba un churro de vez en cuando, pero ¿enganchada a la heroína? Eso me parecía absurdo, tenía estudios de periodismo en la Complutense (que no terminó), vamos, no

era la madre del año, pero siempre estuvo al pendiente del colegio, me regaló la enciclopedia de los jóvenes castores y muchos cómics como los del teniente Blueberry, Kirk y Mortadelo y Filemón; aseguraba que tanto los libros como las historietas eran parte de la formación de cualquier adolescente, y los domingos me hacía waffles, fatales de aspecto, pero con sabor glorioso. Además tenía muchos libros de sociología en su habitación. ¿Qué tenía que ver ella con los drogadictos de venas reventadas del parque de Vallecas? Nada. Entonces, un día mi madre no volvió a casa ni esa noche, ni la siguiente, ni la otra. Vamos, que no volvió. Yo quedé al pendiente del teléfono y contando los suministros de la despensa, hacía cálculos para no morir de hambre.

Ya sé... ya sé... Para este momento usted, mi estimada A se pregunta: pero ¿quién es esta momia que le ha dado por contarme su patética adolescencia? Sólo quiero que sepa quién soy. Si yo conozco algunos datos de su vida es justo que usted sepa algo de la mía, esta relación debe tener algún asomo de equidad, creo yo.

¿Sigo?

No es mi intención extender el drama, pero las cosas se pusieron peor, digamos que la Movida terminó para mí. Lo supe cuando vi a Teo (mi padre) cruzar el umbral del edificio de Chamberí. Eso era bastante sospechoso si tenemos que cuenta que Teo vivía en la Ciudad de México, a 9,075 kilómetros de distancia. También llegó Inés, la tía de mi madre, que siempre me provocó ansiedad con esos ojos de viuda, venía desde Valladolid (en este caso no hay mérito, son escasos 196 kilómetros). Por lo que oí a retazos supe que mi madre estaba en una clínica de Valencia, hospitalizada por sobredosis. La habían encontrado bajo un puente vehicular, pero además la habían identificado como

la responsable del robo de un auto en Picassent, de un minisúper, de una gasolinera, en fin, había una serie de delitos alrededor de mi progenitora (y del Paqui de pupilas dilatadas, ni sus luces). Por algún motivo, Lucía, la editora, con estudios universitarios y una pila de libros de sociología, se había convertido en una adicta lamentable.

Tía Inés sugirió que mientras Lucía se rehabilitaba (o salía de la cárcel, lo que pasara primero), yo podía entrar de interno en un colegio jesuita de Salamanca donde trabajaba su hermano mayor, un cura de la más rancia cepa franquista. Tal vez tía Inés imaginó que así me protegía de mis depravados padres. ¿Comenté antes el motivo de su divorcio? Creo que no, fue la infidelidad compulsiva de Teo, se enredó con la mejor amiga de mi madre, entre otras damas que se le cruzaron. En fin, digamos que mi padre, a pesar de su talle más bien escaso, 1.63 m, era muy sociable con el sexo opuesto.

No me ilusionaba vivir con el donjuán liliputiense de mi padre pero las cosas dieron un giro esa misma semana cuando Teo me reveló que había llegado un fatal desenlace: Lucía no podía hacerse cargo de mí, vamos, que nunca. En un impulso kamikaze pregunté a bocajarro:

—¿Está muerta?

Teo asintió y un zumbido se instaló en oídos, apenas pude oír algo sobre un paro cardiorrespiratorio, colapso pulmonar y otros terminajos. De momento no sentí la más mínima pena, al contrario, me invadió una enorme furia contra Lucía, ¿pero quién se había creído? Yo era el adolescente, ¡no ella! ¿Se había creído la Janis Joplin de la Movida? Pero ni era artista, ni nada, ¡su revista era una asquerosidad que salía un mes y dos meses no! La odiaba. De cierta manera se había quitado la vida y de paso había estropeado la mía. Yo estaba a punto de entrar al BUP,

emocionado porque estaría también con Elena, la rubita que tanto me gustaba.

Luego de oír la noticia me encerré en mi habitación a ver *Ghostbusters* en VHS, y al final de la película me eché a llorar unas dos horas, y sin venir a cuento porque el final de esa peli es feliz y con música pegajosa.

Sé que prometí que esto no se volvería una telenovela y lo cumplo, porque justo aquí se detiene el asunto lacrimógeno. Ya no supe nada de los asuntos fúnebres, Teo y tía Inés se encargaron de todo, pero mi destino ya estaba echado, entre el internado franquista y mi padre, yo mismo tomé la decisión y preparé mi equipaje para viajar los 9,075 kilómetros.

Mi padre vivía en México por la sencilla razón de que era su país, él era el verdadero *huracán mejicano*. Se hacía llamar Teo, aunque su nombre completo era Teocalli Javier (esto queda entre nosotros, por favor). Como ya comenté, era de estatura un tanto compacta y rubio, algunos mexicanos de los Altos de Jalisco son blancos o güeros, por la mezcla entre españoles, franceses e italianos que llegaron a esa zona. Teo pisó Madrid en 1971 para unas prácticas profesionales y conoció a Lucía, la española morena a la que sólo le faltaba peineta y mantilla para completar el anuncio de *Welcome to Spain*. Se enamoraron y mi padre le propuso matrimonio; nací en 1972 en el Hospital 12 de Octubre, y me llamaron Diego en honor al pintor preferido de Teo y para hacer juego con su apellido; en efecto, soy Diego Velázquez. Mi breve existencia había transcurrido entre la Ciudad de México y Madrid, digamos de los mariachis a las seguidillas, de Teotihuacan al Prado, y así, hasta el divorcio de mis padres.

Me gustaba ser medio-mexicano, aunque hubiera preferido que mi padre fuera descendiente de sanguinarios

aztecas más que un rubito ligador, pero la vida no siempre es justa. No había pisado la Ciudad de México desde hacía años y por lo que se decía en los noticieros, había quedado prácticamente destruida por los terremotos de 1985.

—A ver, pérate, eso no es cierto —me aclaró Teo—. Ya se está reconstruyendo. Además el año pasado fue el Mundial de Futbol. No quisiste ir a visitarme.

No fui porque acompañé a mi madre a una gira musical a la Costa del Sol, lugar donde por cierto conoció a Paqui, mientras que México había sido anfitrión del mundial y tuvo la más triste mascota de la historia: El Pique, un chile desnutrido de enorme bigote. Un año después, me preparaba para dejar la calurosa Madrid por un sombrío y lluvioso México, del otro lado del mundo, donde me esperaba el verano más terrorífico de mi vida.

¿Por qué terrorífico?, se estará preguntando estimada A. Tal vez debo decir que fue también fascinante, pero eso lo voy a relatar en mi siguiente carta, tampoco es mi intención dar demasiada información, recuerde, el secreto son las dosis.

Sé que hice una promesa, abrí lanzando el anzuelo de que lo que nos unía a usted y a mí era básicamente una historia espectral. Bien, aunque eso es totalmente cierto, temo que mis fantasmas aún se están preparando y corren de un lado a otro ajustándose el ectoplasma para salir a escena; pero no quiero desilusionarla, así que le contaré ya mismo una pequeña historia, le pido que estire un poco más su paciencia, sólo un poco, vamos.

Esta historia sucede en el lluvioso mes de agosto de 1961 donde vive una mujer en un apartamento con su pequeño hijo de cinco años. Como el padre pasa largas temporadas trabajando lejos, ella está a cargo del niño. El asunto comienza cuando la joven madre escucha que su hijo habla

por las noches con alguien. Cuando ella le pregunta, el niño dice que está jugando con *Abu*. Raro, sí, pero la madre no le da importancia, los niños a determinada edad son naturalmente raros y proclives a tener amigos imaginarios.

El asunto se vuelve extraño cuando el pequeño comienza a soltar algunas frases como “Abu dice que no debo ir a la escuela, que no le gusta quedarse solo” o “Abu dice que él cenaba pan con miel antes de la Gran Guerra, yo también quiero”. Esto alarma a la mujer. Un amigo imaginario por muy imaginario que sea no dice eso. La mujer interroga al niño más a fondo. ¿Quién es Abu? ¿Cómo es? ¿Dónde está? El niño explica que al principio lo veía en la recepción del edificio, luego en el elevador y después entró a su habitación. Viste con una especie de bata blanca, le dijo que fue doctor, y como es viejo, le puede decir abuelo o Abu. La pobre mujer tiene una horrible sospecha: ¿y si algún anciano pedófilo ronda a su hijo? Se espeluzna.

Alarmada, investiga si hay algún vecino con esas características, no encuentra nada pero de todos modos llama por teléfono al marido para explicarle su alarma, le pide, suplica, que los visite lo más pronto posible. Después le dice a su hijo que tiene prohibido hablar con desconocidos y coloca una tranca en la puerta del apartamento y protecciones en las ventanas de la habitación del niño.

Durante unos días las cosas están tranquilas, hasta que la madre vuelve a oír al pequeño hablar en voz baja en su habitación. Cuando la mujer abre la puerta a toda prisa, ve al niño solo, frente al espejo del tocador. La ventana sigue cerrada. Le pregunta si ha estado hablando con Abu y el niño reconoce que sí, pero se ha ido, no le gusta que ella lo vea. Entre gritos la joven madre le recuerda las advertencias.

“Abu dice que él no es desconocido”, asegura el pequeño con cierto reproche. “Él ya vivía aquí y dice que estás muy nerviosa, que te irás pronto y él y yo estaremos juntos.”

A partir de ahí la mujer no deja que el niño duerma solo por ningún motivo, pone crucifijos en las habitaciones y le dice al pequeño que no importa lo que diga Abu, es peligroso y no debe hablar con él. En este punto ya no está segura de nada. Se trata de un vecino pervertido, de los atisbos de una enfermedad mental, o una presencia que no es de este mundo, pero la mujer confía en que el marido volverá pronto y pondrá orden.

Las cosas vuelven a un cauce tranquilo por unos días, hasta que una semana después la madre baña a su hijo en la tina y el pequeño comienza a cantar una canción extraña: “Mi cabra, con panza rellena, como vieja gaita, hace *bee, bee, bee*”. La mujer intenta dominar su terror y le pregunta dónde aprendió esa tonada. El pequeño guarda silencio. Ella insiste: “¿Fue Abu?”. El pequeño continúa en silencio, el mismo que usa cuando sabe que ha hecho algo malo. “¿Dónde está?”, insiste ella. Y el pequeño, con la vista baja, dice una única palabra: “Aquí”.

La madre siente un golpe de terror, como si el cuarto de baño se cargara de electricidad. Se gira para tomar la toalla, la misma que acaba de dejar en un banco cercano pero ahora está vacío. La toalla ahora se encuentra a unos metros, en el pasillo que conduce a las habitaciones. La mujer, cada vez más aterrada, sale; es apenas un instante cuando escucha el portazo. El baño se ha cerrado con su hijo dentro. No consigue abrir, han puesto el seguro. Grita, golpea, llama a su pequeño. Alcanza a oír que el niño murmura algo como: “No, no puedo. A mamá no le va a gustar...”.

Finalmente la mujer toma una lámpara con base metálica y la usa para romper el picaporte y entra al cuarto de baño. Su hijo sigue en la tina y mira fijamente algo. La madre sigue el rastro de la mirada y alcanza a ver por el espejo el reflejo de un viejo de ojos astutos y bata blanca. El anciano se desliza y se pierde por el borde del espejo.

La mujer toma a su hijo, lo envuelve en la toalla y sale desesperada del edificio. Corre por la calle, con el corazón en los oídos. El horror ocupa todos sus pensamientos, la hace ver la silueta del anciano en cada reflejo de los cristales, ventanas, escaparates, ni siquiera se da cuenta de que cuando cruza la calle para llegar a un parque, un coche impacta contra ella.

Algunas versiones dicen que es un taxi y que por una terrible vuelta del destino, dentro viene el marido de la mujer, que finalmente había conseguido volver del lejano trabajo para ver a su familia. Esto no me consta pero lo cierto es que, según testigos, al niño no le pasó nada, la madre lo protegió con su propio cuerpo.

En el caos, mientras llaman a la ambulancia, que no tiene nada que hacer, la mujer muere a los pocos minutos, el padre (o una vecina, esto está a discusión) toma al pequeño y a toda prisa lo aleja de la zona del accidente, para que no quede en su memoria la imagen de su madre rota, borboteando sangre, y no se le ocurre mejor lugar que llevarlo a su habitación, con sus juguetes, frente al tocador con el gran espejo.

El niño parece tranquilo, pese a la conmoción. Se queda ahí, cantando en voz baja: “Mi cabra, con panza rellena, como vieja gaita, hace *bee, bee, bee*”, mientras la puerta se cierra lentamente.

La siguiente carta la tendrá pronto en sus manos, mientras tanto puede releer ésta y reflexionar qué respondería, en caso de que fuera posible.

Queda de usted,

Diego

Carta dos

Estimada A:

Sé que debe estar intrigada con la carta que le envié hace pocas semanas. Lamento tardar tanto en volver a escribir, pero un ejército de dudas asaltó mi cabeza: ¿estoy haciendo lo correcto? ¿La asusté con mi burda intromisión en su vida? ¿La historia del niño y su amigo Abu estuvo fuera de lugar? Llegué a pensar que no era buena idea seguir con esta correspondencia, todavía podemos detenernos. Perdone que hable en plural, obviamente usted nunca aceptó iniciar este intercambio, aunque tampoco he recibido el sobre con la palabra “No” en el reverso.

Créame, estimada A, iniciar esta relación epistolar no fue a la ligera, tardé muchos años, esperando a que usted creciera y tuviera la edad suficiente para que pudiera acompañarme en esta develación de prodigios. Dios, ¡qué retorcido suena eso! ¡Fatal! Como si la hubiera estado espiando por años. En mi defensa diré que fungí el papel de un espectador, que se mantuvo a la espera. Sólo puedo tranquilizarla recordándole mis garantías: nunca nos veremos personalmente y puede detener este flujo epistolar

en cualquier momento. También extendiendo la promesa de que no la volveré a buscar más.

Antes de que sufra otro ataque de dudas, retomaré el hilo de mi relato. Como seguro recordará, estimada A, a principios de julio de 1987 mi vida dio un giro y me fui a vivir a la Ciudad de México. Al pisar tierras aztecas me di cuenta de que mi padre había contado al menos dos mentiras gordas. La primera era que la ciudad seguía devastada por los terremotos. Por aquí y por allá se veían calles rotas, montones de escombros, edificios sin paredes y con esqueletos metálicos expuestos. En ciertas zonas había muchos edificios abandonados y otros en peligro por derrumbe. Los sismos habían arrasado con multifamiliares, fábricas, escuelas, oficinas, casas, talleres. La débil economía mexicana, en eterna crisis, no pudo hacer frente a tanta devastación y muchas zonas quedaron como escenarios de zona de guerra durante diez y hasta veinte años.

—No pongas esa cara.

Dijo Teo cuando pasamos por lo que había sido un conjunto de hospitales que ahora parecía un árido paisaje lunar. En el terremoto habían muerto cientos de enfermos y personal, aunque sobrevivieron bebés de incubadora que durante días encontraron como segundo útero la oscuridad de las ruinas. Les decían *bebés milagro*.

—No todo está así —aseguró Teo—, otras colonias están intactas. Estaremos bien.

Ésta era la segunda mentira de Teo. No estaríamos bien, primero porque a sus 37 años vivía como adolescente en un departamento de proporciones nanométricas. En realidad era un cuarto de servicio en una azotea. Apenas una habitación con baño, en la que la cocina era una hornilla eléctrica sobre una silla, mientras que un frigobar lleno de

cervezas fungía de alacena y mesa de centro. Eso sí, las paredes estaban forradas de libros hasta el último resquicio. Teo había estudiado Historia aunque en ese momento trabajaba en una estación de radio cultural donde ganaba un sueldo minúsculo, pero era impagable el aura de intelectual que le otorgaba ser locutor frente a sus conquistas amorosas. Cuando llegamos, Teo despejó un sofá para que yo pudiera dormir, puse al lado una enorme maleta verde militar que contenía todas las pertenencias que poseía sobre la tierra.

Supe, por algunos objetos que encontré en el baño, como un lápiz de labios, un par de medias y condones, que mi padre usaba ese sitio como nido para sus conquistas. Por suerte se abstuvo de hacerlo cuando recién llegué, o al menos no me enteré. De cualquier modo, yo prefería estar fuera. Los primeros días tomaba un “delfín”, un autobús o caminaba hasta llegar a Plaza Universidad, un centro comercial. Pasé un par de tardes en los multicinemas Ramírez con las alfombras crujientes por la melaza de años de refrescos derramados. Ahí vi *El imperio del Sol* y *Las brujas de Eastwick*. También descubrí el Chispas, un local de maquinitas. En el Mercado de Discos conocí un poco más la música que se oía en esa parte del mundo, rock en tu idioma: Miguel Mateos, Soda Stereo, Enanitos Verdes y Radio Futura.

La primera semana volví a tener ataques de llanto y pensaba en Lucía, aunque sin tanto rencor; me parecía imposible que estuviera muerta, pensé que tal vez confundieron su cuerpo, pero luego abandoné la absurda idea. También pensaba en mi colega, mi amigo Santi que se había ido a Barcelona y que antes de la tragedia me había invitado a pasar las vacaciones con su familia a la Costa

Brava. No pude aceptar, claro, y en cambio le escribí unas cartas para contarle mi vida de inmigrante indiano.

Teo podía ser un padre despistado, un adolescente tardío de 37 años, pero entendió que no podía tener a un hijo viviendo en un sofá, y era complicado hacer familia en un espacio de nueve metros cuadrados. Prometió que nos cambiaríamos. Rastreamos viviendas por la ciudad e hicimos varias citas. También dejamos solicitud en algunas agencias inmobiliarias. Algunas pedían una cantidad absurda de documentos: comprobantes de ingresos, actas de nacimiento, cartas de recomendación, de antecedentes no penales, avales. Teo entregó todos los documentos que había reunido en su vida. “Hasta parece que me voy a titular”, se quejó.

Yo ya había vivido en el D.F., de los siete a los diez años. La recordaba como una ciudad enorme, con suaves inviernos y camellones con palmeras, pero en ese momento me di cuenta de que el Distrito Federal era como una de esas colchas ensambladas con trozos de distintas telas y patrones. Bastaba salirse de una zona para llegar a otra ciudad horrible, con aire a lo peor de Calcuta, sucia y desordenada, llena de limosneros, vecindades decrepitas, pobreza extrema, para luego, un poco más adelante, llegar a una zona de rascacielos a lo *downtown* de Houston, o girar en una esquina para entrar a un pueblecito pintoresco engullido por el concreto. Había de todo: ruinas prehispánicas y palacios virreinales de tezontle, mansiones palaciegas y casuchas con techos de chapa de zinc. Todo cabía en ese monstruo urbano que para entonces ya era unas tres veces más grande que Madrid. Pero esto no es una guía de turismo del D.F. así que me detendré, pues voy a entrar a un momento importante. En toda la historia de

fantasmas que se respete debe existir el típico lugar encantado. Pues bien estimada A, aquí viene.

Durante algunos días, Teo y yo vimos un montón de infectos departamentos: en semisótanos, en edificios con una inclinación de vértigo. En la colonia Obrera encontramos uno muy barato de dos recámaras, aunque los pasillos del edificio tenían tantas huellas de balazos y sellos de la policía judicial que, no sé, como que desanimaba un poco.

Pero nuestra fortuna estaba a punto de cambiar. Un domingo, al volver agotados de un frustrante recorrido, en la puerta del cuarto de azotea nos encontramos un sobre con el nombre de mi padre escrito con letra antigua y angulosa. Se lo pasé a Teo y extrajo un papel del interior.

—Ya tenemos dónde vivir —balbuceó atónito.

Me enseñó el mensaje, estaba escrito a mano, con la misma letra y en tinta verde del sobre. Soluciones Inmobiliarias nos había conseguido un departamento en renta a mi padre y a mí en el Edificio Begur. Sólo teníamos que ir a un despacho para llevar ciertos documentos en original y firmar el contrato. La carta la firmaba una mujer con un nombre rimbombante: Reyna Gala Fenck.

—Es imposible... ¡El Edificio Begur! —Teo parecía estupefacto.

Mi padre debió ver mi cara de panoli (o menso, para decirlo en mexicano) porque se adelantó a explicar.

—El Begur es un edificio de la colonia Roma; tiene mucha historia, ¡es alucinante! Es uno de los pocos ejemplos de arte ecléctico que siguen en pie en la ciudad, tiene detalles de modernismo catalán y algo de neogótico inglés. Son departamentos de los años veinte o así. Por aquí tengo un libro de fachadas catalogadas, a ver si lo encuentro.

Por mí, como si fuera el Palacio de Buckingham; además, había una cuestión obvia.

—No recuerdo que hayamos visitado lugares así... decentes —observé—. Seguro se equivocaron en la inmobiliaria al enviarte esa carta.

—Sí, tal vez —reconoció—, pero no perdemos nada con asomarnos. Tal vez tengan otras propiedades más baratas. ¿Cómo ves? La cita es mañana a las 11:30.

Soluciones Inmobiliarias resultó ser un oscuro despacho con repisas cubiertas de figurillas de búhos con aire lúgubre. Estaba en la colonia Cuauhtémoc, una zona de viejas notarías y oficinas. Teo estuvo conversando alegremente con una secretaria (era experto en hablar con secretarias) y finalmente pasamos a una oficina donde nos recibió un hombrecito de piel cerosa y con medio litro de brillantina en el cabello. Se presentó como el licenciado Erasmo Gandía y representante legal de la señora Reyna Gala Fenck.

—La dueña del edificio pide que la disculpen —dijo el untuoso personaje—. No podrá venir a la cita, se lastimó un tobillo cuando sacó a pasear a su perro. Siempre le digo que mima demasiado a esa pequeña bestia. Pero no se preocupen, si traen la identificación en original y el recibo de nómina, cerramos el asunto.

Le lancé una mirada de urgencia a Teo.

—Tenemos una duda sobre el departamento —reconoció mi padre.

—Sé que el estado de conservación del edificio no es perfecto —suspiró el licenciado Gandía—, dado los años que tiene, pero les aseguro que es funcional. Una joya arquitectónica de primer orden —sacó una carpeta de un cajón—. Como dije, todo está listo. La señora Reyna envió con su chofer el contrato de renta debidamente firmado.

—¿Contrato firmado? —repitió mi padre—. Pero no conocemos el departamento.

—Qué raro —el hombrecito levantó unas cejas hirsutas—, pensé que ya se habían reunido con la señora Reyna. Tal vez hay un error, permítanme ver el expediente.

El hombrecito abrió la carpeta y leyó detenidamente las hojas.

—Tengo los datos de alguien que busca un departamento, Teocalli Javier Velázquez 37 años y su hijo Diego, de 15 años. El padre, historiador de profesión, trabaja en el programa de radio *Noches de Ronda y Cultura*, es viudo.

La palabra flotó con tétrica resonancia.

—Bueno, éstos somos nosotros —reconoció Teo—. ¿Por qué tiene nuestros datos?

—¿Dejaron solicitudes en otra agencia inmobiliaria? —preguntó el licenciado.

—En dos o tres —reconoció Teo.

—Pues alguna de ellas debió referirlos con nosotros. Aquí sólo se administra el Edificio Begur y la señora Reyna es quien aprueba a los inquilinos —el licenciado hojeó el resto de los documentos—. Su expediente está completo y aprobado. Está la copia de los ingresos, identificación, certificados de nacimiento, hasta sus cartas de retorno solar.

Teo y yo cruzamos una mirada de confusión.

—Estas últimas las hace la señora Reyna —señaló el hombrecillo—. De un tiempo acá se volvió aficionada a la astrología y le ha dado por hacer estos garabatos. Es un pasatiempo de salón, vamos, tampoco se asusten, pero ella es apasionada. Ojalá nos hubiera acompañado hoy, sus lecturas son tan... curiosas.

Mostró unos extraños diagramas llenos de líneas de colores que hacían carambolas dentro de un gran círculo.

—En fin, señor Teocalli Javier, me urge que me dé su respuesta —su mirada, parecida a la de uno de sus búhos, se clavó en Teo—. ¿Va a quedarse con el departamento?

—Pero ni lo conocemos —repitió mi padre.

—Y debe costar una fortuna la renta —agregué.

—Hace años sí que era costoso —el hombrecito lanzó un gran suspiro—. Y aun así, la lista de espera para rentar uno de los apartamentos era hasta de tres años. Pero todo cambió con la reclasificación a zona de desastre.

—¿Qué desastre? —salté asustado.

—¿Qué reclasificación? —preguntó Teo.

—El Edificio Begur se encuentra en perfecto estado —adelantó el licenciado—. Pero con los terremotos, con los derrumbes aledaños y ya saben... tanto muerto, la colonia Roma quedó declarada como zona de desastre y las rentas también se desplomaron. Actualmente el alquiler mensual es la cuarta parte de la que era antes. En fin, una lástima para la dueña pero una suerte para los inquilinos.

¿Suerte? Era como si nos ofrecieran una linda cabaña en Chernóbil. ¡Vaya oferta!

—¿Dijo una cuarta parte? —era lo único que había retenido el cerebro de Teo.

—Y un depósito, claro, pero puede ser sin aval. Sigue siendo un ofrecimiento inmejorable —reconoció el hombrecillo—. Pero deben decidirse ahora, son las 11:48 a.m.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunté.

—La señora Reyna solicita encarecidamente que la firma sea antes de las doce. Es por cosas de prospección astral, algo así. No me pidan detalles, por favor, yo sólo obedezco las órdenes de mi patrona y vaya que tiene ideas fijas. Si

usted, señor Teocalli, no firma hoy antes de las doce perdería su lugar hasta que la señora Reyna haga otros cálculos, y es posible que otro solicitante se quede con la propiedad en renta.

Le lancé una tensa mirada a mi padre. En mi cabeza sonaban todas las alarmas.

—Veo que desconfían —resopló el licenciado Gandía y comenzó a guardar los documentos—. No los culpo. ¡Prospecciones astrales! Sé cómo suena. En fin, de cualquier modo tenemos sus datos, veremos si el próximo año se desocupa algo en el Begur.

—Quiero firmar —saltó mi padre y miró el reloj.

—Pero Teo... —murmuré preocupado.

—¡Es el Begur! Un edificio histórico —repitió mientras sacaba la chequera y su identificación—. Por algo pasan las cosas, Diego. Nos estaba esperando. Confía en mí.

Miré al licenciado Gandía, por si detectaba alguna sonrisa aviesa, pero parecía una especie de idolillo prehispánico indescifrable.

—Perfecto, qué gusto —sacó las hojas del contrato—. Lea bien las cláusulas aunque, recuerde, debe completar la firma antes de las doce. El contrato es por un año.

Vi cómo mi padre hacía el cheque para entregar los pocos ahorros que tenía y firmó al calce los documentos, al lado de la barroca firma en tinta verde que ya estaba ahí, la de Reyna Gala Fenck. El proceso terminó justo a las 11:57 a.m. El licenciado nos entregó nuestra copia del contrato, su tarjeta personal y un anexo de reglas condominales.

—Felicidades y gracias por confiar —sonrió, parecía sincero—. Le avisaré a la señora Reyna que todo salió perfecto. Las llaves del 404 las tiene el conserje, el señor Pablito, él les dará posesión del apartamento desde hoy. Y listo, eso es todo.

Cuando salimos a la calle Teo parecía exultante.

—¿Te das cuenta? ¡El Edificio Begur! —repitió—. Tengo un buen presentimiento.

Yo no. Para mí era obvio que habíamos caído en una trampa absoluta.

—Diego, quita esa jeta, no seas tan desconfiado. ¿Qué puede salir mal?

—De verdad, ¿no te vas cuenta? —suspiré antes de enumerar los posibles engaños.

Uno, que el cetrino licenciado Gandía no tuviera nada que ver con el Edificio Begur ni con la dueña. Que fuera un simple estafador que se hizo con nuestros datos en otra agencia, escribió la carta con letra en tinta verde y le sacó a mi padre un bonito cheque.

Dos, que en el departamento 404 del Edificio Begur viviera un legítimo inquilino ¡y el sitio no estaba en renta! Y cuando volviéramos al despacho para reclamar el dinero, el hombrecillo se habría esfumado.

Tres, posiblemente alquilamos un departamento fantasma (y no hablo de asuntos paranormales); tal vez el edificio estaba vacío, dañado por el terremoto, se había derrumbado o simplemente no existía el interior marcado con el número 404.

Todas estas opciones eran probables. Habíamos rentado un departamento sin verlo y Teo entregó el dinero, como un idiota, al “representante legal” de una aficionada a las cartas astrales, totalmente desconocida.

—Pero... el mismo licenciado aconsejó no firmar si yo no estaba convencido —se defendió Teo, un poco pálido, luego de oír mis sospechas.

—Para meter presión —señalé—. Los estafadores no confiesan que están haciendo un engaño, ¡hasta se ponen de tu parte y aseguran que te entienden para que les creas!

Tampoco es que yo fuera muy inteligente, pero mi afición por las series policiacas de televisión (en especial *Columbo* y *Reportera del Crimen*) me había dado clases sobre el mundo policiaco y sus tejes y manejes.

Teo suspiró, preocupado. Sólo había una manera de salir de dudas: debíamos ir al Edificio Begur. Hicimos la parada a un taxi, un pequeño escarabajo Volkswagen, y pedimos que nos llevara a toda prisa a la colonia Roma.

Y con el tiempo me di cuenta que lo mejor hubiera sido que cayéramos en un engaño. Porque al final la trampa resultó mucho, pero mucho peor de lo que imaginé.

Estimada A, sé que el arranque de esta historia de fantasmas es casi de molde industrial. Padre e hijo se mudan de manera misteriosa a edificio encantado. No puedo negarlo, pero poco a poco le haré notar unas peculiares diferencias. Mientras tanto, le dejo otro pequeño relato de espectros. ¿Le parece bien? Vamos, esta misiva está por terminar. Viene una anécdota como digestivo.

Esto sucede poco antes de Navidad. Una pareja acaba de mudarse a un departamento. Él es un cincuentón, ella apenas mayor de edad. Parecen padre e hija, pero en realidad son amantes. La joven es su alumna de la universidad y él ha dejado a su familia e hijos. Obvio es un escándalo, a él lo han corrido de la facultad, ella ha abandonado la escuela; pero de momento nada les importa. Se aman y han encontrado un refugio para vivir su amor, un hermoso apartamento en planta baja.

El problema surge unos días después: comienzan a oír un ruido: *crac, crac, crac*. Sospechan de alguna plaga. Se quejan con el conserje y éste les da trampas para ratas y migas de pan con estricnina que colocan en armarios y cocina. El sonido se detiene apenas un par de días y luego

continúa, peor que antes. Entonces ella consigue un gato con una amiga, pero el animalito aparece muerto esa misma semana. La joven se siente fatal: tal vez olvidó tirar un pan envenenado que comió el minino. El asunto es que el ruido sigue, sobre todo por las noches. La mujer no puede dormir, se está volviendo loca por los extraños rasguídos. Hasta que una madrugada cree identificar el problema, el ruido de las ratas proviene de una bodega que está justo bajo su apartamento, de alguna manera se cuela el sonido. El profesor intenta calmarla, le dice que bajarán por la mañana, pero ella, joven e impulsiva (por Dios, se fugó con un profesor que le llevaba treinta años), toma un par de trampillas y sale decidida, entra al elevador y baja al sótano del edificio. Y cuando se abre la puerta ve con sorpresa que el lugar está limpio, no hay ningún roedor, pero, al fondo, vislumbra a una persona. Llama y nadie le responde. Al acercarse ve que se trata de una mujer desgredada y con una bata sucia. Está de espaldas y rasca las paredes, se ha destrozado las uñas en el muro. Rasca y rasca, murmura algo pero ya casi no le queda voz. De pronto se detiene y se gira. La joven contempla el rostro de la vieja, no lo puede creer: de alguna manera, es ella misma, incluso traen la misma bata, pero con un montón de años encima, mugre y desgaste. Las dos gritan, aterrorizadas.

Tenga en mente este relato estimada A. Volveremos más adelante a algunos de sus detalles para (si me permite la expresión) seguir escarbando. Eso es todo por hoy. Si ha leído esta carta durante la noche, le deseo dulces sueños.

Queda de usted,
Diego